

sentimiento que me anima en favor del Estado al que tengo la honra de pertenecer.

Ninguna pasión innoble me guía: estoy muy distante de miserables ambiciones y más tratándose de la salvación de la Patria y de la República. Conozco mi incapacidad, y si he aceptado el honorífico encargo que se me ha hecho, es porque no he podido dejar de cumplir una orden suprema, ni cerrar los oídos á la voz de la confianza y de la amistad. Francamente declaro que si mis esfuerzos fueren estériles, por no ser acertados, ó que si conociere que mi presencia al frente del gobierno es un obstáculo para llegar prontamente al fin que deseo, haré desde luego dimisión de mi encargo, cediendo gustoso el puesto al que se creyere más digno y más apto, y prestando mis débiles servicios en aquello en que se consideren útiles. En nada gravaré al tesoro público: para la modesta subsistencia de un solo hombre, cualquier cosa basta: aspiro sólo á la gloria de contribuir de algún modo á la grande y gloriosa obra que el noble y heroico pueblo mexicano ha emprendido y con esto quedará mi ambición satisfecha.

Bajo estos conceptos convoco á todos los ciudadanos del Estado, para que cada uno, en la esfera que le sea posible, contribuya á la salvación de la Patria, al restablecimiento de la República. Hagamos una guerra sin tregua al invasor; arrojemos de nuestro suelo á los que á título de civilizarnos nos han calumniado, injuriado y empobrecido; echemos por tierra ese ridículo trono levantado contra la voluntad nacional y alumbrado por la siniestra luz de la bárbara ley de 3 de Octubre; mostremos al mundo que los hijos de México son dignos de ser libres; y si en esta grande y gloriosa empresa perdiéramos la vida, paguemos ese tributo á la Patria, seguros de haber llenado un deber, de que la severa historia nos hará justicia, y de que nuestros conciudadanos nos consagrarán un recuerdo.

¡Habitantes del Estado! ¡que nuestro centro de unión sea el esclarecido patricio, el digno Presidente C. Benito Juárez! que nuestro grito de guerra sea: ¡Patria, República y Libertad!—*R. J. García.*”



## CAPITULO XIX.

Viaje á Europa de la Emperatriz Carlota.—Su arribo á Francia.—Su llegada á Paris.—Recepción que se le hace en las Tullerías.—Entrevista desagradable con Napoleón.—Rompimiento de Relaciones.—Exposición de Maximiliano presentada al Soberano francés.—Abandona Carlota Paris, y se dirige á Miramar.—Celebra ahí la fiesta mexicana del 16 de Septiembre.—Marcha á Roma á negociar con el Papa.—Declárase su locura.—Pormenores.—Recibe Maximiliano la fatal noticia.—Impresión terrible que le produjo tal acontecimiento.—Decídese, en vista de las circunstancias, á abandonar México.—Preparativos de viaje.—Comunicalo á Bazaine.—Contestación de éste.—El partido conservador.—Su actitud y escasa significación.—Aterrorizado el Ministerio por la partida del Archiduque presenta su dimisión.—Reprimenda que recibe de Bazaine.—Retira la renuncia.—Combinaciones descabelladas de Maximiliano.—Opinión de Kératy, acerca de la abdicación.—Salida del Archiduque para Orizaba.—Carta que dirige al Mariscal desde la Hacienda de Zoquiapa.—Decide su renuncia.—Llegada á Puebla.—Id. á Orizaba.—Operaciones militares en el Estado de Veracruz.—Proclama del General Alatorre.—Toma de la ciudad de Jalapa, mediante capitulación de la tropa extranjera que la guarnecía.—Auxilios prestados por el Estado de Puebla.—Documentos importantes.—Rendición de la Fortaleza de San Carlos de Perote.—La guerra en el Estado de Tlaxcala.—Combates en su territorio.

Mientras la cuestión militar se debatía en los campos de batalla, al siniestro fulgor del combate, la política asumía una nueva fase en el Gabinete de las Tullerías.

Dejamos á la Princesa Carlota surcando las ondas del Atlántico, en busca de una solución á las graves cuestiones que se agitaban en torno del Imperio mexicano: hoy tenemos que continuar esa narración tan importante para el perfecto conocimiento de los hechos.

Cuando menos se esperaba, el vapor de la Compañía trasatlántica “Emperatriz Eugenia,” desembarcaba repentinamente á la Archiduquesa en el Puerto de Saint Nazaire, la mañana del 8 de Agosto de

1866, no obstante las aseveraciones de ciertos periódicos que tomaban su inspiración en fuentes oficiales, y que decían "estar autorizados para denunciar, como una insigne calumnia, la sola suposición de que la Emperatriz Carlota pudiera estar en camino para Europa."

A su desembarco, la joven soberana era objeto de todas las miradas; su actitud triste y su traje de duelo hacían resaltar más la expresión melancólica y meditabunda que se notaba en su fisonomía. En torno suyo se agolpaban Almonte y su esposa, algunas damas de honor y otras personas de su servidumbre que habían acudido á recibirla. Apenas hubo llegado á tierra, expresó su deseo de viajar de incógnito, rehusando pedir hospitalidad á la Corte francesa; y el mismo día se dirigió á Nantes donde durmió, y al siguiente día hizo su entrada en París, alojándose en el Gran Hotel, donde recibió las felicitaciones de estilo de los individuos de la Legación mexicana, y de otras personas de esta nacionalidad.

La travesía había impreso en su rostro las señales de una cruel preocupación, duplicada por una extrema fatiga, pues habiéndose instalado en la popa del navío, por haberlo así deseado para estar aislada, no había podido encontrar reposo por la trepidación continua de la maquinaria: sus ojos brillaban ya con el fuego de la fiebre.

El 10, recibió una visita de la Emperatriz Eugenia, y hacia las 5 de la tarde de ese día, en uno de los coches de la Corte, dió un paseo por el bosque de Bolonia.

El 11, acompañada de la Sra. Almonte, se dirigió á Saint-Cloud, en cuyo palacio se le hizo una magnífica recepción; las tropas le formaron valla y le tributaron los honores debidos. En ausencia de Napoleón, retenido en sus departamentos por causa de indisposición, el Príncipe imperial la esperaba en la puerta, y le dió la mano al bajar del carruaje.

La Emperatriz Eugenia, que se hallaba un poco distante, la acogió con señaladas muestras de cordialidad, y la servidumbre allí reunida prorrumpió en el grito de "¡Viva el Emperador y la Emperatriz de México!" Reclamó entonces una entrevista con Napoleón, y aunque éste se resistía á recibirla, pretextando hallarse enfermo, sus instancias fueron tan vivas, que al fin tuvo que acceder á sus deseos.

"Entonces, dice Kératry, expuso la Emperatriz las pretensiones de Maximiliano, que reclamaba aún de la Francia nuevos socorros fi-

nancieros y militares. La Emperatriz, viendo desplomarse poco á poco todo el cúmulo de esperanzas que su imaginación ardiente se había complacido en levantar desde su salida de Chapultepec, hasta que pisó el suelo de Saint-Cloud, sintiendo que su cetro se rompía en su mano, se dejó arrebatar de su indignación. Después de haber enumerado sus quejas, la hija del Rey Leopoldo llegó á comprender, aunque muy tarde, que había cometido una falta al olvidar, aceptando un trono de la munificencia de un Napoleón, que había salido de la sangre de Orleans.

"De esta escena del Palacio de Saint-Cloud puede datar realmente la locura de esta interesante Princesa, cuya razón iba á desvanecerse muy pronto, juntamente con sus esperanzas. Apenas tuvo fuerza para arrastrarse desde París hasta el Vaticano, para caer delirante á los pies del Santo Padre, á quien venía á pedir apoyo y consuelo.<sup>1</sup>

Cuéntase aún, que Carlota, fuertemente emocionada, había dicho en un arranque; "Pues bien, abdicaremos." A lo cual había contestado friamente Napoleón: ¡Abdicad!

La Princesa comprendió, según queda expresado, que toda esperanza había desaparecido, pues efectivamente, habiendo preguntado el Ministro americano, residente en París, al jefe del Ministerio francés, si la presencia de la Emperatriz Carlota en la Capital de la Francia traería consigo alguna modificación en la política imperial respecto de México, M. Drouyn de Lhuys había contestado rotundamente, "*no ha habido modificación en nuestra política, ni la habrá: haremos lo que hemos manifestado tener intención de hacer; naturalmente, agregó, hemos recibido á la Emperatriz con cortesía y cordialidad, pero el plan decidido anteriormente por el Gobierno americano y el Emperador, se ejecutará.*"

En esta entrevista entre Napoleón y la Archiduquesa, en que quedó definitivamente resuelto el abandono del Imperio, y se declaró la locura de Carlota, ésta presentó una Exposición al monarca francés en que se pone de manifiesto la indiferencia, apatía y carencia de actividad é iniciativa de Maximiliano, que abandonaba el Gobierno y la gestión de los negocios públicos y administrativos á la voluntad

<sup>1</sup> Elevación y caída del Emperador Maximiliano, por el Conde de Kératry; traducción de Hilarión Frías y Soto.—Página 161.

caprichosa del Mariscal Bazaine, á quien acusa de desleal y de moroso, y sobre quien, además de lanzar una furibunda acusación, hace recaer la responsabilidad de aquella malhadada situación, cuando él, con su conducta torpe, indigna del fundador de un Imperio, apresuró la catástrofe que necesariamente tenía que venir y en la que se vió envuelto como la primera de sus víctimas.....<sup>1</sup>

<sup>1</sup> De esa Exposición copiamos los siguientes párrafos que juzgamos más importantes:

"El Sr. Ministro de Francia en México, ha puesto en manos del Emperador Maximiliano la carta de S. M. el Emperador Napoleón, y la Memoria á ella adjunta. La lectura atenta de dicha Memoria no ha podido menos de sorprender dolorosamente al Emperador, *no por su conclusión, sino por la naturaleza de los motivos que se ha creído deber alegar para justificarla.*

"Leese al principio de la Memoria que la Francia ha cumplido lealmente los compromisos que se impuso por el Tratado de Miramar. Añádese que *ella no ha recibido sino muy incompletamente de México las compensaciones equivalentes que le fueron ofrecidas.* Es importante llamar la atención sobre este punto. El Tratado de Miramar confería el cargo de comandante en jefe del ejército mexicano, al que lo fuese del cuerpo expedicionario, invistiéndole así del poder, é imponiéndole, por consecuencia, la obligación de pacificar el país. La razón rehusa admitir que el Emperador Napoleón, que declara hoy aún haber prestado todo su apoyo para la fundación de un Gobierno fuerte y regular en México; la razón y la equidad, repetimos, rehusan admitir que S. M. creyera que en México pudiera fortalecerse y marchar normalmente, es decir, cumplir sus compromisos, un Gobierno interin no se efectuara la completa pacificación. En efecto, y esto no necesita demostrarse; sin paz no se pueden esperar presupuestos en equilibrio, ni aumento de recursos en la Hacienda. Los fondos de los dos empréstitos se han consumido en su mayor parte en la guerra civil, cuyas consecuencias deben imputarse al Comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que, por su inacción durante año y medio, ha concluido, forzoso es decirlo, por dejar á los disidentes que se apoderen de la mitad del país.

"Sí, es indudable que por el Convenio de Miramar, México se comprometió á sostener el cuerpo expedicionario francés, pagando sus gastos de guerra y de ocupación; *pero no creía de ninguna modo que esta ocupación se limitara á la mitad ó á la tercera parte del país;* ni podía prever que sólo los transportes de guerra correspondientes á *las columnas que han ocupado y luego evacuado á Michoacán por catorce veces, cinco veces á Monterrey, dos veces á Chihuahua, representarían la enorme suma de 16 millones de francos!*

"El Gobierno Imperial mexicano no podía prever, ni habría podido admitir como probable, el hecho de que al cabo de tres años de una guerra ruinosa *el General en jefe del ejército franco-mexicano, compuesto de cincuenta mil hombres, no hubiera podido someter las ricas provincias de Tabasco, Guerrero y Chiapas, donde no se ha visto ni un soldado francés.* No podía suponer, sobre todo, que después de prolongarse tres años la guerra, *gracias á la inacción del Comandante en jefe ó á sus disposiciones,* todos los extensos Estados del Norte habrían caído de nuevo bajo el yugo de los juaristas. Basta echar una rápida ojeada sobre la adjunta carta geográfica, para convencerse de esta deplorable situación militar, y de la injusticia notoria que se comete al dirigir un cargo contra el Gobierno Imperial mexicano, por no haber satisfecho las exigencias del Tratado de Miramar; *el General en*

Esa Exposición que no produjo ningún resultado favorable, por la actitud resuelta de Napoleón de abandonar la empresa, era la refutación de la nota de 31 de Mayo, que vino á destruir y anonadar á Maximiliano y su partido. En la dicha Exposición, extemporánea por demás, llama altamente la atención, entre otras cosas, el dato exhibido de lo que costaron los transportes de las columnas francesas, de México á Michoacán, Monterrey y Chihuahua; columnas de dos á tres mil hombres: ¡16 millones de francos! cantidad exorbitante que hace prorrumpir á Arrangoiz en la frase sarcástica, de que debía suponerse que todos los oficiales, los soldados, los tambores y los cornetas iban en coche.

Desde el día que tuvo verificativo la conferencia aludida en el párrafo anterior, notáronse en la Princesa, signos muy distintivos de la demencia. Su misión había concluido en Paris de la manera trá-

*jefe francés ha privado á este Gobierno de sus naturales recursos, no terminando pronta y felizmente la guerra. Este es un hecho que debemos hacer constar de un modo solemne, pues no ha dependido de nosotros el evitar sus consecuencias.*

"Antes de concluir la guerra civil en los Estados Unidos, el Emperador Maximiliano se creyó en el deber de llamar seriamente la atención del comandante en jefe, sobre la necesidad de desplegar la mayor actividad para terminar la pacificación del país. *El Mariscal se hizo sordo á todas estas exhortaciones, y abandonó provincias enteras para retirar sus tropas,* las cuales permanecieron durante muchos meses en una inacción fatal.

En diferentes épocas, el Comandante en jefe ha pretendido explicar los resultados deplorables de su actitud, quejándose de algunas autoridades in fieles. Estas reconvencciones han hallado eco en la Memoria; mas será fácil demostrar su poco fundamento. El 2 de Diciembre de 1865, *el Emperador pedía al Mariscal notas de informes sobre todos los funcionarios mexicanos,* y el 6 de Enero de 1866 le decía: "Espero de Ud. á vuelta de correo los nombres de las autoridades que le parezcan desleales y deban destituirse, porque quiero poner á la disposición de Ud. todos los medios que estén en mi poder: yo reemplazaré esas autoridades con otras que le merezcan á Ud. confianza. Insiste Ud. en que se pague con regularidad á las tropas: sobre este punto es menester advertir que mi Gobierno ha hecho cuanto le ha sido posible; ha llegado hasta el extremo de dejar á un lado las obligaciones de los servicios civiles más necesarios, para consagrar exclusivamente todos sus recursos al ejército. El ejército absorbe todas las rentas del Estado, y basta fijar la vista en las cuentas del Ministerio de Hacienda para convencerse de ello."

"El 10 de Enero señaló el Comandante en jefe á tres funcionarios y al Ministerio, como no mereciendo su confianza. El Emperador le hizo saber dos días después su resolución sobre este punto. "Esperando que el trabajo completo que me ofrece Ud. llegue á mis manos, decía S. M., pongo en su conocimiento que las tres personas que cita Ud. han sido destituidas de sus cargos." El 5 de Marzo siguiente se varió el Ministerio."

"Se ha vituperado también al Gobierno Imperial mexicano por no haber marchado ex-